

**EL MOTEL  
SUN DOWN**

**SIMONE ST. JAMES**

*Para las raras, los ratones de biblioteca  
y las frikis de los asesinatos.  
Este libro es todo vuestro.*

FELL, NUEVA YORK  
NOVIEMBRE DE 1982

*Viv*

La noche en la que todo acabó, Vivian estaba sola.

No le importaba; de hecho, le parecía mejor así. Era algo que había descubierto al trabajar en el turno de noche en mitad de la nada: estar en compañía era sencillo, pero estar sola era un reto, en especial estar sola a oscuras. Quien fuese capaz de estar solo de verdad, únicamente en compañía de sí mismo y de sus pensamientos, poseía una fortaleza, una disposición, una preparación mayor que los demás.

Aun así, se metió en el aparcamiento del motel Sun Down, en Fell, Nueva York, y detuvo el automóvil, al tiempo que notaba, como de costumbre, los embates del miedo. Estaba sentada en su Cavalier destartado, con la llave en el contacto, la calefacción y la radio encendidas y el abrigo ciñéndole los hombros. Se fijó en el cartel azul y amarillo fluorescente, en los dos pisos de habitaciones, dispuestos en dos largas líneas en forma de L, y pensó: «No quiero entrar, pero voy a entrar». Estaba preparada, pero, de todos modos, tenía miedo. Eran las 10:59 de la noche.

Tenía ganas de llorar. Tenía ganas de gritar. Tenía ganas de vomitar.

«No quiero entrar».

«Pero voy a entrar, como siempre».

Fuera, cayeron sobre el parabrisas dos gotas de lluvia medio congelada y oyó el zumbido de una furgoneta que vio pasar por la carretera en el espejo retrovisor. El reloj dio las 11:00 y empezaron a retransmitir las noticias por la radio. Si dejaba pasar un minuto

más, llegaría tarde, pero le daba igual. No es que la fuese a despedir nadie, porque a nadie le importaba si se presentaba en su puesto de trabajo o no. El Sun Down contaba con pocos clientes y ninguno de ellos se daría cuenta de si la chica del turno de noche llegaba tarde. Normalmente, reinaba un silencio tal que cualquiera diría que aquí nunca pasaba nada.

Viv Delaney sabía que no era así.

Parecía que el Sun Down estaba vacío, pero solo lo parecía.

Con los dedos fríos, desplegó el parasol del conductor y se toqueteó el pelo, que se había cortado de cualquier manera a la altura de los lóbulos de las orejas y en el que se había echado laca para que le diera más volumen. Se miró la sombra de ojos, que no era de ese azul gélido que llevaban algunas chicas, sino de un lavado claro; casi parecía un moratón. Podría haber añadido algo de amarillo y naranja para que pareciese un moratón de varios días, pero aquella noche no se había tomado la molestia. El violeta en la delicada piel de los párpados, combinado con el color oscuro del lápiz de ojos y de las pestañas, era suficiente. ¿Por qué se había maquillado siquiera? No recordaba el motivo.

En la radio estaban hablando de un cadáver, de una chica que había sido hallada en la cuneta de la carretera de Melborn, a unos dieciséis kilómetros de aquí. No es que ese «aquí» indicase un lugar concreto, solo un motel al lado de una carretera de doble sentido con un solo carril en cada dirección por la que se salía de Fell en dirección al vacío que había al norte del estado de Nueva York y, en última instancia, a Canadá. Si tomabas la carretera durante un kilómetro y medio, girabas a la derecha al llegar al único semáforo que pendía de un cable en lo alto, seguías esa carretera hasta llegar a otra y después otra, llegarías adonde se había encontrado el cuerpo de la chica. Se llamaba Tracy Waters y la habían visto por última vez saliendo de la casa de una amiga en un pueblo aledaño. A sus dieciocho años, la habían desnudado y tirado en la cuneta, y el cuerpo había sido localizado dos días después de que sus padres denunciasen su desaparición.

Sentada en el automóvil, a Viv Delaney, que tenía veinte años, le temblaban las manos mientras escuchaba la historia y pensaba

en lo que se sentiría al estar tirada en el suelo desnuda, con la lluvia medio congelada agujijoneándote la piel indefensa, en el tremendo frío que se debía de pasar, en que siempre eran chicas las que acababan desnudas y muertas, como animales atropellados, en que carecía de importancia el miedo o el cuidado que tuvieses, porque siempre podría pasarte a ti.

Sobre todo, aquí. Siempre podría pasarte a ti.

Posó la mirada en el motel, en el reflejo del estridente cartel, azul y amarillo, que parpadeaba sin motivo en la oscuridad. «Habitaciones disponibles. ¡Televisión por cable! Habitaciones disponibles. ¡Televisión por cable!», decía.

Aunque llevaba tres meses en este sitio, seguía teniendo miedo, un miedo tremendo, total, y la cabeza le daba vueltas de puro pánico. «Estaré sola durante las próximas ocho horas, sola en la oscuridad. Sola con ella y los demás».

Pese al miedo que tenía, Viv giró la llave, de tal forma que tanto la calefacción como la radio, en la que seguían hablando de Tracy Waters, se apagaron. Alzó el mentón, abrió la puerta del conductor y salió al frío. Se encogió aún más bajo su abrigo de nailon y se dispuso a cruzar el aparcamiento. Llevaba *jeans* y un par de zapatillas azul marino con cordones blancos, con unas suelas demasiado finas para el frío y la humedad. La lluvia le mojaba el cabello y el viento se lo alborotaba. Cruzó el aparcamiento en dirección a la puerta en la que ponía «recepción».

En la recepción, Johnny estaba de pie tras el mostrador, subiéndose la cremallera del abrigo por esa enorme barriga que tenía. Seguramente, la había visto por la ventanita que había en la puerta.

—¿Llegas tarde? —le preguntó, pese a que en la pared que tenía detrás había un reloj.

—Me he retrasado cinco minutos —replicó Viv, bajándose a su vez la cremallera del abrigo. Tenía el estómago tenso, revuelto, ahora que había entrado. «Quiero irme a casa».

Pero ¿dónde estaba su verdadero hogar? No en Fell, ni tampoco en Illinois, donde nació. La última vez que se fue de casa, tras una discusión definitiva a gritos con su madre, supuestamente se había dirigido a Nueva York para convertirse en actriz, pero

aquello, como toda su vida hasta entonces, había sido parte del papel que interpretaba, parte de la función. No tenía ni idea de cómo podría convertirse en actriz en Nueva York, pero con eso había enojado a su madre y solo por eso le había parecido un buen plan. Lo que quería Viv por aquel entonces, más que ninguna otra cosa, era sencillamente echar a volar, marcharse.

Y se había marchado y había terminado aquí, por lo que Fell tendría que ser su hogar por el momento.

—La señora Bailey está en la habitación 217 —dijo Johnny, consultando la lista de los pocos huéspedes que había en el motel—. Ya ha salido a comprar alcohol, así que te llamará en cualquier momento.

—Estupendo —respondió Viv. La señora Bailey venía al Sun Down para beber, probablemente porque hacerlo en casa le traería problemas. Llamaba a la recepción borracha para pedir cosas de las que después se olvidaba—. ¿Hay alguien más?

—La pareja que viajaba a Florida ya se ha ido —dijo Johnny—. Nos han gastado dos bromas telefónicas; solo se oían jadeos. Malditos adolescentes. Y le he escrito una nota a Janice sobre la puerta de la 103, que está defectuosa. Se abre sola con el viento, incluso aunque eche el cerrojo.

—Siempre se abre —contestó Viv—, pero a Janice ya se lo dijiste la semana pasada.

Janice era la propietaria del motel. Llevaba semanas sin verla, puede que incluso meses. No se pasaba por allí de no ser estrictamente necesario, y mucho menos de noche. A Vivian le dejaba el sueldo en un sobre en el mostrador y se comunicaba con ella mediante notas. Incluso la propietaria del motel intentaba pasar el menor tiempo posible en él.

—Pues ya podría arreglar la puerta —comentó Johnny—, porque es extraño, ¿no? Eché el cerrojo.

—Pues sí —dijo Viv—, es extraño.

Ella estaba acostumbrada, pero ningún otro empleado del motel veía lo que veía ella o vivía lo que vivía ella, porque las cosas que veía ocurrían únicamente en mitad de la noche. Los del turno de mañana y de tarde no tenían ni idea.

—Con suerte, no vendrán huéspedes nuevos —dijo Johnny, poniéndose la capucha del abrigo—. Con suerte, será una noche tranquila.

«Aquí no hay noches tranquilas», pensó Viv, aunque le respondió:

—Sí, con suerte.

Lo observó salir de la recepción y oyó el ruido de su automóvil al arrancar y marcharse. Se imaginó a Johnny, que tenía treinta y seis años y vivía con su madre, volviendo a casa y quizá viendo la televisión antes de meterse en cama. Era un tipo que jamás había hecho gran cosa; llevaba una vida relativamente normal, sin aquel miedo que tenía Viv, una vida en la que nunca pensaría en el caso de Tracy Waters, cuyo nombre le sonaría vagamente de haberlo oído en la radio.

Igual era ella la que se estaba volviendo loca.

Se hizo el silencio en el motel, interrumpido únicamente por algún que otro ruido del tráfico en la carretera 6 y el viento ululando entre los árboles que había en la parte trasera. Eran las 11:12; luego, el reloj de la pared que se encontraba tras el mostrador dio las 11:13.

Colgó el abrigo en el gancho de la esquina; de otro gancho tomó el chaleco azul marino de poliéster, con las palabras *Motel Sun Down* bordadas en el canesú, en el lado izquierdo, y se lo colocó por encima de la blusa blanca que llevaba puesta. Separó del mostrador la dura silla de madera y se sentó, echando una rápida ojeada a la mesa llena de manchas y arañazos: había un bote lleno de bolígrafos y lápices, la validadora manual, con ese cuadradito negro que chascaba cuando pasabas el mango por una tarjeta de crédito de atrás hacia delante para que se calcaran los datos y un teléfono de disco del color del vómito. En el centro, había un libro grande y plano, en el que los clientes debían escribir sus datos y firmar cuando pedían una habitación. El registro de huéspedes estaba abierto por el mes de noviembre de 1982.

Sacó un cuaderno del bolso, tomó un bolígrafo que había dejado entre las páginas, abrió el cuaderno encima del mostrador y escribió:

*29 de noviembre*

*La puerta de la 103 se ha vuelto a abrir. Bromas telefónicas. No hay nadie. Tracy Waters está muerta.*

Oyó un ruido fuera y se quedó inmóvil, con la cabeza levemente levantada. Oyó un golpeteo y luego otro, rítmicos y salvajes: era la puerta de la 103, que se había abierto de golpe y había chocado con la pared a causa del viento. Otra vez.

Viv cerró los ojos unos instantes, al tiempo que el miedo la arrollaba como una ola, pero ya estaba demasiado calada como para sortearla. Estaba aquí metida y tenía que prepararse para lo que se avecinaba. El Sun Down la reclamaba aquella noche.

Volvió a escribir:

*¿Y si todo lo que he visto, todo lo que pienso, resulta ser verdad? Porque creo que así es.*

Fijó la mirada en el registro de huéspedes y memorizó los nombres escritos en él. Hizo una pausa ante el tictac del reloj que había en la pared de atrás y, acto seguido, escribió:

*Los fantasmas están despiertos esta noche y están muy inquietos, pero me parece que todo esto acabará pronto.*

*Le temblaba la mano, aunque intentó mantenerla firme.*

*Cuánto lo siento, Tracy. He fracasado.*

Se le escapó un ruidito de lo más hondo de la garganta, pero lo reprimió. Soltó el bolígrafo y se frotó los ojos, con lo que se manchó las yemas de los dedos con la bonita sombra de ojos de color lavanda que se había aplicado.

Eran las 11:24 de la noche del 29 de noviembre de 1982.

A las tres de la mañana, Viv Delaney se había desvanecido.

Así empezaba todo.



FELL, NUEVA YORK  
NOVIEMBRE DE 2017

## *Carly*

Este sitio no me sonaba.

Abrí los ojos y me quedé mirando la oscuridad, presa del pánico. Estaba en una cama desconocida, con una luz desconocida que se filtraba por la ventana, en un cuarto desconocido. Durante un minuto, sentí que todo se me venía encima, una sensación tan temible como emocionante.

Luego, me acordé de que estaba en Fell, Nueva York.

Me llamaba Carly Kirk, tenía veinte años y no debería estar aquí.

Miré la hora en el teléfono móvil, que había dejado en la mesita de noche: eran las 4:00 de la mañana y la única luz que había provenía de las farolas de la calle y del cartel luminoso del restaurante de la cadena Denny's, abierto las veinticuatro horas del día, cuyo resplandor se filtraba por las cortinas transparentes de la ventana de la habitación del hotel y dibujaba un cuadrado espectral en la pared.

Como no iba a volver a pegar ojo, me incorporé a un lado de la cama, tomé las gafas de la mesita de noche y me las puse. El día anterior había conducido desde Illinois y el largo viaje me había cansado tanto como para que durmiera a pierna suelta en este hotel tan anodino en el corazón de Fell.

No es que fuera un lugar muy impresionante; eso ya me lo había dejado claro Google Earth. El centro lo conformaban una serie de cafeterías, lavanderías de autoservicio, anticuarios de poca monta, bloques de pisos de alquiler y librerías de segunda mano, todo

ello agolpado con reverencia en torno a un supermercado y una farmacia. La calle en la que yo me encontraba, donde se ubicaba el hotel y el Denny's, atravesaba el centro, como si lo habitual fuese que la gente que pasaba por Fell siguiese conduciendo sin adentrarse en el resto del pueblo. Algún iluminado había pintarrajeado el cartel de «Bienvenidos a Fell» junto al que había pasado la noche anterior con las palabras «da la vuelta».

Yo no di la vuelta.

Con las gafas puestas, volví a tomar el teléfono móvil y me puse a leer los correos electrónicos y los mensajes que había recibido mientras dormía. El primer correo lo había enviado el abogado de mi familia:

*Se ha depositado en su cuenta bancaria el resto de los fondos. Por favor, revise el desglose adjunto.*

Miré el correo por encima, sin molestarme en leer el resto del texto ni en abrir el archivo adjunto, porque no me hacía falta: ya sabía que había heredado parte del dinero de mamá, a repartir con mi hermano, Graham. Era consciente de que no estaba montada el dólar, pero sí que me llegaría para tener techo y comida durante una temporada. No quería saber nada de números; no podía mirarlos. Perder a tu madre a causa del cáncer —tan solo tenía cincuenta y un años— hacía que cosas como el dinero te pareciesen bastante insignificantes y absurdas. De hecho, hacía que te replanteases toda tu vida; en eso estaba yo, a mi manera excéntrica, tras catorce meses hundida en una neblina de dolor, y ahora no sabía cómo parar.

Tenía varios mensajes de Graham.

*Pero ¿qué te crees que estás haciendo, Carly? ¿Has dejado la universidad? ¿Cuándo piensas volver? ¿Te crees que luego podrás recuperarlo? En fin. Si echas a perder el dinero de la matrícula, te quedas sin nada. Lo sabes, ¿verdad? Sea lo que sea lo que estés haciendo, que te vaya bien. Procura que no te maten.*

Le di a responder y escribí:

*Hola, don angustias. Serán solo unos días y me está yendo todo sobre ruedas. No es más que un viajecito que me apetecía hacer. No es para tanto. No me va a pasar nada. Que me maten no entra en mis planes, pero gracias por preocuparte.*

En realidad, tenía pensado quedarme aquí más tiempo, porque desde que murió mamá, había dejado de verle el sentido a seguir con el grado de Empresariales. Cuando empecé la universidad, creí que tendría todo el tiempo del mundo para decidir lo que quería hacer, pero la muerte de mamá me había demostrado que la vida no era tan larga como creías. Quería descubrir la respuesta a ciertas preguntas y había llegado el momento de buscarla.

Hailey, la prometida de Graham, también me había enviado un mensaje:

*¡Hola! ¿Estás bien? Estoy preocupada por ti, y aquí me tienes, por si necesitas hablar con alguien, o igual necesitas a otro psicólogo. ¡Te lo busco, si quieres! ¿De acuerdo? ¡Un beso!*

Vaya, qué maja. Ya había probado la psicología, la terapia, círculos de espiritualismo, el yoga, la meditación, técnicas de autoayuda, y todo ello me había hecho entender que lo que necesitaba justo ahora no era otra sesión de terapia, sino que lo que de verdad necesitaba de una vez por todas eran respuestas.

Dejé el móvil, abrí el portátil, lo encendí, abrí el archivo que tenía guardado en el escritorio y fui pasando las páginas. Seleccioné un periódico escaneado de 1982 con el siguiente titular: «La policía busca a una vecina desaparecida». Bajo el titular, había una imagen de una chica, recortada de una instantánea: era hermosa, vivaz y sonreía a la cámara, con el pelo cardado, el flequillo bien fijado con laca sobre la frente y el resto suelto, al estilo típico de los años ochenta. Tenía la tez pálida y le brillaban los ojos, incluso

aunque la fotografía estuviese en blanco y negro. En la leyenda, ponía lo siguiente: «Vivian Delaney, de veinte años, lleva desaparecida desde el 29 de noviembre por la noche. Se pide a quien la haya visto que llame a la policía».

Esa, esa era la respuesta que necesitaba.

Siempre había sido un ratón de biblioteca, con la nariz constantemente enterrada en algún libro. Solo que, una vez me hice mayor para libros como *El corcel negro*, todo lo que leía era bastante tétrico, obras de temática de terror, como desapariciones y asesinatos, sobre todo si estaban basadas en hechos reales. Mientras que la gente de mi edad leía a J. K. Rowling, yo leía a Stephen King, y mientras que la gente de mi edad elegía la Guerra de Secesión como tema para los trabajos de Historia, yo me documentaba sobre Lizzie Borden. Ese trabajo que escribí con todo lujo de detalles sobre el modo exacto en el que el que el hacha golpeó al padre y a la madrastra de Lizzie hizo saltar las alarmas y mi profesor llamó a mi madre, preocupado. «¿Carly se encuentra bien?», le preguntó, pero mi madre le quitó importancia, porque a aquellas alturas, sabía de sobra lo sombría que era su hija. «Se encuentra bien. Es que le gustan las historias de asesinatos, nada más».

Lo que no mencionó mi madre —y lo que detestaba mencionar con todas sus fuerzas— era que aquella pasión mía había nacido de forma natural. En nuestra familia había un asesinato sin resolver, y yo llevaba obsesionada con el asunto desde que tenía uso de razón.

Volví a mirar la noticia del periódico. Viv Delaney, la chica de la fotografía, era la hermana de mi madre; desapareció en 1982, mientras hacía el turno de noche en el motel Sun Down, y jamás la encontraron. Aquello había creado un vacío abismal en mi familia: era algo que de lo que todos éramos conscientes, pero de lo que nadie hablaba. Sentíamos la desaparición de la tía Viv como una pérdida, como cuando se te cae un diente. «Nunca le saques el tema a tu madre —me dijo mi padre un año antes de abandonarnos para siempre—. No le gusta». Incluso a mi hermano, un incordio de primera, le afectaba lo sucedido. «Mataron a la hermana de mamá —me dijo—; alguien la raptó y la asesinó, como

el malo ese con garfio de las películas. A mí me pone los pelos de punta; no me sorprende que mamá no quiera hablar del asunto».

Treinta y cinco años llevaba mi tía, Viv, desaparecida. Mis abuelos, los padres de mamá y de Viv, estaban muertos y no había fotografías suyas en nuestra casa, como tampoco ningún recuerdo suyo. El año antes de que muriese mamá, cuando yo estaba en casa durante las vacaciones de verano, leí algo en Internet y vi el rostro de Viv por primera vez, y como pensaba que ya había pasado el tiempo suficiente, imprimí la noticia y fui al piso de abajo para enseñársela.

—Mira lo que he encontrado —le dije.

Mamá estaba sentada en el sofá del salón, viendo la televisión después de la cena. Tomó la noticia, la leyó y, después, se la quedó mirando un buen rato, con la vista fija en la fotografía. Cuando me devolvió la mirada, tenía una expresión inescrutable, que no había visto jamás y que no volvería a ver. Quizás era una mueca de dolor, de cansancio o de algún miedo antiguo y marchito que emergía a la superficie. Por aquel entonces, yo no tenía ni idea de que tenía cáncer y de que la perdería dentro de un año; puede que ella sí lo supiese y decidiese no contármelo, pero lo dudaba. Aquella expresión, aquel miedo, eran fruto de la desaparición de Vivian.

Cuando al fin respondió, habló con voz neutra, carente de inflexión alguna:

—Vivian está muerta.

Soltó la noticia, se puso de pie y salió del salón.

Nunca volví a sacar el asunto a colación.

\*\*\*

No fue hasta después de que muriese mamá cuando me enfadé, pero no con ella, la verdad, porque cuando Viv desapareció, mamá era una adolescente y no había mucho que pudiera hacer, pero ¿y los demás? ¿Y los policías? ¿Y los vecinos? ¿Y mis abuelos, los padres de Viv? ¿Por qué no la habían buscado por todo el estado? ¿Por qué habían permitido que se desvaneciera como si nada?

Al primero al que se lo pregunté fue a Graham, que era mayor y recordaba más cosas que yo.

—Los abuelos estaban divorciados por aquel entonces —me dijo—. Cuando desapareció la tía Viv, la abuela era madre soltera.

—¿Y qué? ¿Por eso no buscó a su hija y el abuelo tampoco?

Graham se encogió de hombros.

—La abuela no tenía mucho dinero, y por lo que me dijo mamá, ella y la tía Viv discutían un día sí y otro también. No se llevaban nada bien.

Me quedé mirándolo, estupefacta. Estábamos en el piso de alquiler de mi madre, metiendo todas sus cosas en cajas; nos habíamos tomado un descanso y estábamos picoteando la comida que habíamos pedido a domicilio

—¿Eso te contó mamá? A mí nunca me lo dijo.

Mi hermano se encogió de hombros otra vez, al tiempo que se recostaba sobre una de las cajas y miraba el móvil.

—En aquella época, no había Internet y aún no se había descubierto el ADN. Si querías encontrar a una persona desaparecida, tenías que ir conduciendo por ahí en su busca. La abuela no podía pedir días libres en el trabajo para irse a Fell y el abuelo ya se había vuelto a casar, así que dudo que le importase mucho ninguna de las dos.

Aquello era cierto: mamá no se llevaba bien con su padre, que las había dejado con una mano delante y otra detrás. Ni siquiera fue a su funeral.

—Y los policías, ¿qué? —pregunté.

Graham dejó el móvil un momento y reflexionó al respecto.

—Bueno, Viv ya se había independizado y tenía veinte años. Imagino que supusieron que se fue por voluntad propia. —Me miró—. Estás a tope con eso, ¿no?

—Sí, a tope, porque ni siquiera encontraron el cuerpo y ya no estamos en 1982: se ha inventado Internet y se ha descubierto el ADN. Algo se podrá hacer.

—¿Quieres decir que tú puedes hacer algo?

Sí, yo, porque, al parecer, no había ningún otro voluntario, y ahora que mamá ya no estaba, podía indagar sin herir sus senti-

mientos. Se había llevado a la tumba todos los recuerdos que tenía de la tía Viv y yo nunca llegaría a oírla hablando de ella, lo que hacía que me enfadara de pura impotencia, y eso era algo que tenía que superar, según los psicólogos. Sin embargo, también podía superar la rabia que sentía por todos los demás y la cólera que me provocaba que se hubiese pasado por alto el posible rapto y la muerte de mi tía viniendo a Fell para buscar respuestas por mi cuenta.

Cliqué en el otro artículo escaneado que tenía en el portátil. El titular solo decía: «Aún no se ha encontrado a la chica desaparecida». Los detalles eran vagos: que Viv tenía veinte años, que llevaba tres meses en Fell, que por las noches trabajaba en el Sun Down. Aquella noche, se fue a trabajar y desapareció en mitad del turno sin llevarse el automóvil, el bolso ni sus pertenencias. Su compañera de habitación, una chica llamada Jenny Summers, dijo que Viv era «una buena chica con la que era fácil llevarse bien». Además, en el periódico se la describía —no especificaba por parte de quién— como «guapa y vivaz». No tenía novio, al menos que se supiese, y no estaba metida en drogas, alcohol o prostitución. De su madre, mi abuela, decían que estaba «muerta de preocupación».

Una chica hermosa que se había marchado.

A pie, sin dinero.

«Vivian está muerta».

El caso de mi tía Viv no había llamado la atención de los medios de comunicación nacionales, ni siquiera estatales, y los periódicos locales de Fell no estaban digitalizados, sino archivados en la biblioteca del pueblo. Cuando empecé a investigar, lo único que encontré fueron blogs de crímenes e hilos en Reddit creados por gente que se creía detective. Ni los blogs ni los hilos versaban sobre mi tía, pero muchos de ellos hablaban sobre Fell, porque en la localidad, al parecer, había más de un asesinato sin resolver, y para ser un lugar tan pequeño, era el paraíso de los aficionados a los casos de crímenes de verdad.

El segundo artículo lo había encontrado entre las pertenencias de mamá tras su muerte, cuando me puse a revolver dentro de su

cómoda. Estaba metido en un sobre blanco, grueso, como nuevo, en el fondo de uno de los cajones. En el reverso, mamá había escrito con su bonita caligrafía: «Calle Greville, n.º 27, piso C».

¿Sería la dirección de Viv? Como el recorte de periódico que había en el interior empezaba a desintegrarse, opté por escanearlo y juntarlo con el primer artículo que había encontrado.

«Vivian está muerta».

Mamá no quería tener ningún recuerdo de su hermana, no quería que se hablase de ella, pero sí que había guardado aquel artículo durante treinta y cinco años, junto con la dirección, e incluso se había molestado en guardarlo en un sobre nuevo hacía poco y en volver a escribir la dirección, lo que quería decir que, por lo menos, había sacado el artículo del sobre antiguo y quizá lo había leído de nuevo.

La tía Viv era una persona de verdad, no era un personaje de un cuento siniestro o de una historia de fantasmas. Existió, fue la hermana de mi madre, y, de algún modo, al mirar aquel sobre grueso y blanco, supe que mamá la había querido, mucho, de una forma que ya nunca llegaría a comprender.

Aquello era todo lo que tenía: dos artículos de periódico y el recuerdo del dolor. En realidad, ahora tenía más medios a mi disposición: algo de dinero y la ruta de Illinois a Fell, Nueva York, muy clara. Tenía la dirección del piso de Viv, quizá, y la del motel Sun Down. No tenía novio y sí una carrera universitaria que no me interesaba lo más mínimo. Tenía un vehículo a mi disposición y tan pocas pertenencias que me cabían todas en el asiento de atrás. Tenía veinte años y aún no había empezado a vivir de verdad, igual que Viv.

Así pues, había dejado la universidad —lo que no era tan grave como Graham pensaba—, me había puesto al volante y me había ido de ruta, y aquí estaba ahora: daría una vuelta por el pueblo, echaría un vistazo a los artículos locales en la biblioteca y visitaría el Sun Down, puesto que había leído en Internet que seguía en funcionamiento. Quizás alguien que viviese aquí conociese a Viv, se acordase de ella y pudiese contarme algo. Tal vez podría convertirla en algo más que en un recorte de periódico que empezaba



desintegrarse en el cajón de mi madre. Su desaparición era el gran misterio de la familia y yo quería investigarlo personalmente; a cambio, no perdería más que unos días de clase.

«Procura que no te maten». Así había tratado de asustarme mi hermano mayor, pero no funcionaba, porque yo no me asustaba fácilmente.

De todos modos, cerré el portátil e intenté no pensar en que alguien le había hecho daño a la chica que había visto en la foto, en que alguien la había agarrado, llevado alguna parte, le había hecho cosas malas, la había matado y luego tirado en mitad de la nada, donde quizá seguía todavía. Puede que ahora no quedaran más que huesos. Tal vez ese alguien, quienquiera que fuese, ahora estaba muerto o en la cárcel. O tal vez no.

«Vivian está muerta».

No era justo que mi tía cayese en el olvido, que lo único que quedase de ella fuesen recortes de periódico, no era justo que mamá se hubiese llevado a la tumba sus recuerdos y su dolor, no era justo que a nadie salvo a mí le importase.

Ahora estaba en Fell. No pintaba nada aquí. No sabía dónde me estaba metiendo, pero, de todos modos, aguardé en vela a que el sol volviese a salir.

FELL, NUEVA YORK  
AGOSTO DE 1982

*Viv*

Acabó aquí por accidente. El autobús en el que viajaba tomó un desvío en dirección a Pensilvania y, desde ahí, hizo autostop para ahorrar algo de dinero. El primer conductor la llevó solo hasta Binghamton; el segundo le dijo que se dirigía a Nueva York, pero, una hora después, Viv se percató de que iban por el camino equivocado.

—Por aquí no se va a Nueva York —le dijo al hombre—. Por aquí se va al norte.

—Bueno —contestó él, un cuarentón que llevaba una camisa de color amarillo claro y pantalones de vestir. Estaba afeitado y llevaba gafas sin montura—, haber sido más clara. Cuando dijiste Nueva York, entendí que te referías al norte.

Había sido clara, lo sabía. Vio cómo el sol se ponía a través de la ventana, al tiempo que se preguntaba adónde la estaba llevando, con el corazón a mil por hora a causa del pánico. No quería mostrarse grosera; quizá lo mejor sería actuar con amabilidad.

—No pasa nada. Puede dejarme justo aquí.

—No seas tonta —respondió el hombre—. Te llevaré a Rochester, para, por lo menos, ofrecerte algo de cenar. Desde ahí, podrás tomar un autobús.

Viv le dedicó una sonrisa, como si le estuviese haciendo un favor al alejarla de su destino.

—Oh, no hace falta.

—Claro que hace falta.

Se encontraban en una carretera de doble sentido con un solo carril a cada lado. Se fijó en que había un cartel de un motel más adelante.

—En algún sitio tendré que pasar la noche —comentó—. Ya me quedo aquí.

—¿En ese lugar? No me inspira mucha confianza.

—Seguro que no hay problema. —Como no contestó, continuó—: No quiero ser una molestia.

Se le secó la garganta y tenía la sensación de que estaba a punto de vomitar cuando el hombre se detuvo para aparcar. No sabría decir exactamente por qué tenía miedo y por qué se sintió tan aliviada cuando el hombre hizo lo que le pedía. «¿Qué otra cosa iba a hacer?», se regañó a sí misma. Lo más probable era que fuese un buen hombre y que ella se estuviese montando una película por viajar sola por carretera.

Aun así, cuando él apagó el motor, ella abrió la puerta y puso un pie en el arcén de gravilla, y solo entonces se volvió para recoger la mochila del asiento trasero. Mientras estuvo de espaldas a él, contuvo la respiración. Una vez hubo conseguido hacerse con la mochila, notó algo caliente sobre el muslo y, al bajar la vista, vio la mano del hombre.

—No tienes que quedarte aquí —le dijo.

Viv se quedó en blanco. Balbuceó algo, se zafó de aquella mano, salió del automóvil y cerró la puerta de un golpe. Las únicas palabras que logró pronunciar —mientras él se alejaba conduciendo y ya no podía oírla— fueron «gracias» y «perdón», sin saber por qué. Lo único que sabía era que se encontraba en la cuneta de una carretera vacía, frente a un motel vacío, con el corazón latiéndole tan fuerte que parecía que se le iba a salir del pecho.

En Grisham, Illinois, Viv era la hija problemática: desde que sus padres se divorciaron hacía cinco años, parecía que no era capaz de hacer nada a derechas. Si bien su hermana pequeña acataba las normas, ella hacía todo lo que se suponía que no debía: saltarse las clases, salir hasta tarde, mentirle a su madre, copiar en los exámenes. Ni siquiera sabía por qué lo hacía, y no quería hacer la mitad de aquellas cosas. En ocasiones, tenía la sensación de que estaba en el cuerpo de otra persona, una persona enfadada y exhausta a ratos, pero hacía todo aquello que la convertía en una chica mala, que enfurecía y avergonzaba a su madre. Una noche, después de que la

sorprendiesen volviendo a casa a las dos de la mañana, su madre, en estado de pánico, había estado a punto de darle una bofetada. «Te crees muy lista —le había gritado a la cara—, pero a saber qué harías si estuvieras en un aprieto de verdad».

Ahora, de pie en la cuneta de aquella carretera solitaria, que tan lejos estaba de casa, mientras las luces traseras del vehículo de aquel hombre se desvanecían a lo lejos, recordó aquellas palabras. «A saber qué harías si estuvieras en un aprieto de verdad».

El cielo agosteño se estaba volviendo rojo y el sol bajo le perforaba la vista. Llevaba puesto un top sin mangas color turquesa, unos pantalones con un cinturón blanco y plateado y unas zapatillas de deporte. Se llevó la mochila al hombro y se fijó en el cartel del motel: era azul y amarillo y tenía escritas las palabras «Sun Down» con esas letras anticuadas típicas de los años cincuenta y sesenta. Debajo había letras de neón que, seguramente, se encendían de noche: « Habitaciones disponibles. ¡Televisión por cable!».

Detrás del cartel se encontraba el edificio del motel, en forma de L: el bloque principal se apartaba de la carretera, mientras que la línea horizontal de la L se ubicaba paralelamente a esta. Había un pasillo de cemento que se elevaba sobre el nivel del suelo, y las puertas de las habitaciones daban al exterior. Era un lugar insulso, pintado de marrón oscuro y blanco roto; el típico sitio del que la gente pasaba de largo, a no ser que necesitase pararse a dormir desesperadamente. Ahí donde coincidían las dos tiras de la L, había un tramo de escaleras que llevaba al piso superior. Tan solo había un vehículo en el aparcamiento, junto a la puerta más cercana a la carretera, en la que se leía la palabra «recepción».

Viv se secó el sudor de la frente. Empezaba a disiparse el subidón de adrenalina que le había dado cuando salió del automóvil de aquel hombre; estaba cansada y le dolían la espalda y los brazos. Tenía las axilas empapadas de sudor.

Tenía unos veinte dólares: ese era todo el dinero en efectivo que le quedaba, pero también tenía guardado en una cuenta corriente el dinero que había ido ahorrando en casa, donde trabajaba en un puesto de palomitas en un autocine, además de lo que había ganado cuando trabajó de modelo para un catálogo local. Se había

pasado una tarde frente a una cámara, con unos pantalones de tiro alto desteñidos con lejía y una blusa de un violeta estridente, sonriendo y con las puntas de los dedos metidas en los bolsillos de los pantalones.

En total, tenía ahorrados 485 dólares, teóricamente destinados para Nueva York, para iniciar una nueva vida. No tenía pensado gastarlos antes de llegar a algún destino en concreto, pero, como todo lo demás en este viaje, parecía que le había salido el tiro por la culata. Sea como fuere, no parecía un lugar caro: quizá por veinte dólares podría hacerse con una cama y darse una ducha, y si no, puede que hubiese alguna forma de colarse en una de las habitaciones, porque no parecía que nadie fuese a darse cuenta.

Viv se acercó a la puerta de la recepción y agarró el frío pomo con la mano, mientras, en algún árbol lejano, piaba un pájaro. La carretera estaba desierta. «Si quienquiera que haya tras la puerta se parece a Norman Bates —dijo para sus adentros—, doy media vuelta y echo a correr». Tomó una buena bocanada de aire y abrió la puerta de par en par.

El hombre que estaba en el interior no se parecía a Norman Bates. De hecho, ni siquiera era un hombre: era una mujer, sentada en una silla tras un viejo mostrador. Tendría unos treinta años y parecía esbelta y enérgica, con el pelo castaño recogido en una coleta y un rostro de rasgos pronunciados. Llevaba puesta una sudadera gris holgada, unos pantalones también anchos y unas pesadas botas de color marrón que podía ver porque tenía los pies apoyados sobre el mostrador. Estaba leyendo una revista, pero alzó la mirada en cuanto se abrió la puerta.

—¿En qué te puedo ayudar? —preguntó, sin bajar los pies.

Vivian se irguió y le dedicó a la mujer su sonrisa de modelo de catálogo.

—Hola, necesito una habitación, pero solo tengo veinte dólares en efectivo. ¿Podría decirme cuánto costaría?

—Suele costar treinta —contestó automáticamente, sin cambiar de postura. Todavía sostenía la revista a la altura del mentón—, pero, como yo soy la dueña y no hay ni un huésped, no voy a decir que no a veinte pavos.

Repentinamente triunfante, dejó el billete de veinte en el mostrador y aguardó, pero la mujer seguía sin moverse: ni soltó la revista ni tomó los veinte dólares, sino que la observó.

—¿Estás haciendo una parada en el camino, cariño?

Parecía una pregunta bastante inocente.

—Sí.

—¿De verdad? Porque no he oído ningún automóvil.

Viv se encogió de hombros, haciéndose pasar por una chica tonta e inofensiva, algo que la mayoría de la gente se tragaba. Al fin, la mujer cerró la revista y la dejó en su regazo.

—¿Has hecho autostop en la 6?

—¿En la 6? —repitió Viv, confundida.

—En la carretera 6. —La mujer frunció el ceño—. Si fuese tu madre, me ibas a tener que oír. Hacer autostop en esa carretera es un peligro para una chica sola.

—No he hecho autostop. Me han dejado aquí, después de recogerme en las afueras de Binghamton. Yo quería ir hacia Nueva York.

—Pues, cariño, esto no es Nueva York. Esto es Fell. Te has equivocado de ruta.

—Ya lo sé.

Viv quería que la mujer le diese una habitación y punto: necesitaba librarse de la pesada mochila, necesitaba ducharse, necesitaba comer algo, aunque sin los veinte dólares, no sabía cómo iba a conseguir comida. Señaló el gran libro que estaba abierto sobre el mostrador, que parecía sin duda alguna el registro de huéspedes.

—¿Escribo aquí mi nombre? —Había ensayado para parecer una chica buena de barrio residencial de Illinois e hizo gala de ello—: Si mañana encuentro el modo de ir a un banco, podré abonarle los treinta dólares, pero ahora mismo están todos cerrados.

La mujer soltó un resoplido de risa, dejó la revista en el mostrador —Viv se percató de que era la revista *People*, con Tom Selleck en la portada— y por fin quitó los pies de la mesa.

—Se me ocurre algo mejor —contestó—. Hace poco, el del turno de noche dejó el trabajo. Ocupate del mostrador esta noche y quédate con los veinte pavos.

—¿Que me ocupe del mostrador?

—Que te sientes aquí, que respondas al teléfono y que, si viene alguien, le cobres y le entregues la llave. Las llaves están aquí.

—Abrió el cajón del mostrador con la mano derecha—. Que te firme el registro. Nada más. ¿Te ves capacitada?

—¿No hay nadie más que lo pueda hacer?

—Te acabo de decir que mi empleado ha dejado el trabajo, ¿no? Soy la dueña, así que sé de lo que hablo. O te quedas tú en el mostrador toda la noche o me quedo yo, y tengo muy claro quién prefiero que lo haga.

Viv soltó un suspiro. No era el trabajo lo que la preocupaba, ya que en Illinois había trabajado de cara al público en numerosas ocasiones, pero lo de quedarse en vela toda la noche no le parecía tan buena idea, aunque, si aceptaba, se quedaría con sus veinte dólares, lo cual quería decir que podría conseguir algo de comer.

Echó un vistazo a la recepción, en busca de algo sospechoso que indicase que todo aquello era una trampa, pero lo único que vio fueron paredes desnudas, un mostrador, unas cuantas estanterías y una ventanita en la puerta. Se oía el sonido amortiguado de un automóvil que pasaba por la carretera, al tiempo que el cielo iba oscureciendo. Para sorpresa de Viv, detectó un olor a tabaco que venía de alguna parte y era muy intenso; era un olor fuerte que le penetró en la nariz, no como el leve olor a cigarrillo que podría desprender la ropa de la mujer. Había alguien cerca fumando un pitillo, y aquello, de algún modo, hizo que se sintiera mejor, porque obviamente alguien había en aquel lugar, aunque no pudiese ni ver quién era.

—Claro —le dijo a la mujer—, haré el turno de noche.

—Estupendo —contestó ella, abriendo el cajón del mostrador y depositando una llave sobre la mesa—. La 104 es toda tuya. Aséate, échate un sueñecito y ven a verme las once. ¿Cómo te llamas?

Otra vez aquel olor a tabaco, como si quienquiera que estuviese fumando acabase de dar una calada y exhalar.

—Vivian Delaney. Viv.

—Pues, Viv —dijo la mujer—, yo soy Janice y este es el Sun Down. Parece que ya tienes dónde pasar la noche.

—Gracias —contestó, pero Janice ya había vuelto con Tom Selleck y puesto las botas encima del mostrador de nuevo.

Recogió la llave y los veinte dólares y se fue. Abrió la puerta de la recepción de un empujón y salió al pasillo, con la esperanza de ver al fumador en alguna parte; quizá sería un huésped fumando al fresco del atardecer, pero aquello estaba desierto. Se dirigió al aparcamiento de gravilla y giró en círculo, observando lo que tenía a su alrededor: bajo la luz mortecina del crepúsculo, parecía que el motel estuviera cerrado, ya que no provenía luz alguna de ninguna de las habitaciones. Los árboles que había detrás del edificio susurraban en el viento y se oía por lo bajo a alguien que restregaba el pie en la gravilla en la esquina sin iluminar del aparcamiento.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Viv, pensando en el hombre que le había puesto la mano en la pierna.

Nada.

Permaneció inmóvil en la oscuridad incipiente, escuchando el sonido del viento y de su propia respiración. Luego, se dirigió a la habitación 104, se dio una ducha de agua caliente y se tumbó en la cama, envuelta en una toalla, con la vista fija en el techo sin pintar y con el edredón áspero contra la piel de los hombros. Esperaba oír los sonidos típicos de los hoteles: pasos que se acercaban y se alejaban, voces desconocidas que pasaban junto a la puerta... Sonidos propios del ser humano, pero no había ni uno. No se oía nada en absoluto.

¿Qué clase de motel era este? Si estaba tan vacío, ¿por qué seguía abierto y para qué necesitaban a una recepcionista toda la noche? En el autocine en el que trabajaba, el propietario los enviaba a todos a casa a las diez, porque no quería tener que pagarles por el turno de noche. En este caso, tampoco le iban a pagar exactamente, pero, aun así, a Janice le saldría más rentable apagar las luces, cerrar con llave la recepción e irse a casa, en vez de tratar de buscar a alguien para que se quedase ahí sentado toda la noche.

Le dolían los pies, pero el cuerpo se le fue relajando poco a poco en la cama. Se sintiese sola o no, aquello era mejor que hacer autostop en una carretera a oscuras, a la espera de que otro extraño la recogiese. Empezó a albergar la esperanza de que hubiese una



máquina expendedora en alguna parte del Sun Down, preferentemente una que vendiese barritas de chocolate Snickers.

El hombre de la camisa amarilla le había puesto la mano en el muslo como si fuera lo lógico, como si hubiesen llegado a ese acuerdo cuando ella subió a su automóvil. Le había agarrado levemente la parte interna del muslo con los dedos antes de que ella se apartase. Volvió a sentir aquella sacudida en las entrañas, aquel pavor, un pavor que nunca había sentido. Había sentido rabia, sí, y también había dormido largo y tendido desde el divorcio de sus padres, a veces hasta la una o las dos de la tarde; otra de las muchas cosas que hacía que su madre se pusiese a gritarle. No obstante, el pavor que había sentido hoy le sobrevino profunda y súbitamente, casi como un puñetazo que le hubiese dejado inconsciente. Por primera vez en su vida, se percató de lo frágil que era, de que todo podía terminar en cualquier momento, de que ella, Vivian Delaney, podría desvanecerse, de que podría desaparecer sin más.

«Tengo miedo», pensó.

Y luego: «Este parece ser el escenario perfecto para tenerlo».

Se durmió antes de que pudiese seguir pensando.